Master Negative
Storage Number

OCI00043.02

Historia biográfica del conde

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 2

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCI00043.02

Control Number: ADT-2940
OCLC Number : 27363444
Call Number : W 381.568 H629 v.3 BIOG
Title : Historia biográfica del conde de Montemolin, apellidado Cárlos VI por sus partidarios.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia del conde de Montemolin.
Note : Title vignette.
Subject : Borbón, Cárlos María Luis de, 1818-1861.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA BIOGRÁFICA

DEL

CONDE DE MONTEMOLIN,

APELLIDADO CÁRLOS VI POR SUS PARTIDARIOS.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

W
381.568
H 62-83

PRÓLOGO.

AL trazar la historia de un personaje que se ha hecho célebre en los anales de nuestra patria, no es nuestro ánimo ni encomiarle ni rebajarle, sino referir sencillamente los hechos mas notables de su vida pública, particularmente desde que sus partidarios quisieron enarbolar de nuevo en 1846 su bandera, y á su sombra tener un jefe célebre que acaudillando sus huestes, proclamando principios y derechos desmentidos y reprobados por la generalidad de los españoles en la pasada guerra civil.

Pocos eran los que despues de terminada aquella lucha creyeran que pudiesen resucitar pretensiones como las que de nuevo ostentaba el personaje de quien vamos á ocuparnos.

La nacion creia muerta una causa que quiso intentar presentarse con nuevos brios. La nacion se prometia una paz mas durable, y confiaba que en España no volverian á suscitarse las querellas que por espacio de seis años la empobrecieron y aniquilaron, y que ninguno de la familia proscripta osaria levantar la cabeza para sumirnos de nuevo en una guerra fratricida, en una guerra sostenida entre hermanos, atizada por la discordia y tal vez por la ambicion.

Mas la célebre abdicacion de Bourges, hecha en 18 de Mayo de 1845, hizo conocer á la Europa que don Cárlos no habia pensado jamás en desistir de sus proyectos; y la aceptacion de su hijo don Cárlos María Luis, de la misma fecha, dió á entender que el padre, al legar á su hijo antes de su muerte sus pretendidos derechos, inten-

taba elevar un nuevo pedestal que sirviese de base y de flamante estímulo á sus mas acérrimos partidarios, que ignorados ó arrinconados en el estranjero no habian querido reconocer aun el gobierno de doña Isabel II.

Sin duda el anciano infante de España creyó que al poner á su hijo como firme apoyo de su causa, desgraciada en su desenlace, levantaban un antemural, ó más bien que rejuvenecian sus antiguas pretensiones y les daba nuevo prestigio y valor, porque sus adictos verian en la persona del jóven príncipe un vástago mas lleno de vida y vigor que el caduco árbol, cuyas hojas iban desprendiéndose poco á pocos de sus ramas, por razon de estar ya muy adelantado su otoño.

Retirándose de este modo el padre de la vida pública, y trasfiriendo á su hijo los derechos que aquel decia pertenecerle, es claro, tambien que su causa, creida muerta, volvia á retoñar como retoñan en la primavera los tallos y las hojas de las plantas, y que tal vez el nuevo tronco diese los frutos que el primitivo no pudo producir.

A consecuencia de esto, nos ha parecido conveniente trazar, aunque en cortas líneas, la biografía de un hombre, que como dijimos al principio, adquirió cierta celebridad, y como nunca está demás conocer á aquellos que por sus actos se hacen ó se han hecho notables en demasía, hemos pensado retratar al último pretendiente tal cual era en sí, sin poner de nuestra parte mas que los rasgos que caracterizaron su vida. Los lectores podrán hacer los comentarios que gusten, podrán añadirle el colorido que quieran, bien seguros que nosotros solo trazaremos el perfil; ellos si quieren pueden adornarle con los colores que mas les convenga.

Las opiniones de los hombres son libres; nadie tiene derecho de oponerse á ellas cuando no sobresalen del círculo permitido por las leyes; es decir, cuando no se hace por las mismas un mal uso.

HISTORIA

DEL

CONDE DE MONTEMOLIN.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento de don Cárlos María Luis de Borbon.—Su educacion.—Semblanza moral con su madre.—Simpatías que tenia con Fernando VII.—Anécdotas de su vida.—Emigracion.

FRIO y riguroso se presentaba en la corte de España el invierno de 1818; pero á pesar de esto y de una gran nevada que habia caido á últimos de Enero de dicho año, el pueblo de Madrid se esmeró en festejar la venida al mundo de un infante de Castilla.

En la noche del 31 de Enero, doña Maria Francisca de Asis de Braganza, esposa de don Cárlos María Isidro de Borbon, hermano del rey Fernando VII, habia dado á luz un robusto niño. Este vástago era el primero que la Providencia concediera á los esclarecidos esposos.

Como Fernando VII no tenía sucesion, podia considerarse al recien nacido como presuntivo heredero á la corona.

El rey y su esposa doña María Isabel de Braganza fueron los padrinos del niño, que siendo bautizado en la Capilla Real de palacio, recibió los nombres de CARLOS MARÍA LUIS.

Su nacimiento fué saludado por órden del monarca con salvas de artillería disparadas en la Montaña del Príncipe Pio, con repique general de campanas, con *Te-Deum* é iluminacion, por espacio de tres dias.

La educacion del nuevo infante fué de las mas brillantes que pueden obtener los príncipes.

Sus maestros fueron el P. Puyal, religioso eminente, que le instruyó completamente en la filosofía y la moral; don Mariano Lidon, escelente pro-

fesor de música, que sacóen don Cárlos un aventajado discípulo; don Vicente Lopez, pintor de Cámara, que habiéndole dado lecciones de dibujo, el príncipe las aprovechó medianamente.

Tuvo asimismo maestro de matemáticas, de equitacion y de lenguas, habiendo aprendido el aleman, el inglés, el francés, el portugués, y poseyendo correctamente su idioma nativo.

Más que á sus maestros, debió á su madre, señora dotada de entendimiento despejado y sutil y de una voluntad de hierro, el progreso que adquirió en sus estudios.

Esta dama que durante su vida jamás quiso confiar á manos mercenarias ú oficiosas la educacion moral de sus hijos en el escabroso sendero del mundo, procurando empapar en sus almas los principios más sanos, mas rectos y más sublimes; antídoto poderoso contra el hálito emponzoñado que por lo regular rodea é inunda los palaciosde los reyes.

Con semejantes elementos fácilmente se comprende cuál deberia ser la educacion de don Cárlos María Luis.

Segun hemos leido en un escritor de nota, el infante heredó el talento claro y despejado de su madre, y con él hizo rápidos progresos en sus estudios.

Era estraordinaria la simpatía que mediaba entre el niño Cárlos Luis y su tio el rey Fernando: buscábanse uno á otro continuamente como un instinto fuerte del cariño filial y paternal, hallándose casi siempre nuestro personaje en compañía del monarca, sin abandonarle apenas en sus ocios, ni en sus graves trabajos.

A tal estremo llegaba esta simpatía y cariño, que á pesar de los disgustos que de continuo mediaban, durante los últimos años de vida de Fernando, entre la familia de este y la de don Cárlos, padre del príncipe, el rey y su sobrino jamás tuvieron valor de mostrarse uno á otro con faz torva ni con semblante de resentimiento.

Cuando el rey Fernando tuvo la hija que reinó en España, don Cárlos Luis no sintió el menor asomo de envidia, y en vez de seguir el ejemplo de sus padres, preocupados con semejante acontecimiento, siguió frecuentando como antes la habitacion del rey, entregándose con este á los arrebatos de ternura hácia la tierna niña.

Se ha supuesto, no sabemos si con bastante fundamento, que el infante Cárlos Luis, se entregaba con esceso á los actos de religion, aparentando ó queriendo aparecer uno de los cristianos mas acérrimos.

Cuéntanse varias anécdotas de este príncipe; pero nosotros para no ser molestos, solo referiremos algunas.

Estando en cierta ocasion divirtiéndose sus hermanos en diversos juegos, le llamaron para que les acompañase. Don Cárlos Luis habia formado sobre una mesa una porcion de soldados de marfil y se recreaba en hacerlos evolucionar con sus manos: «Dejadme, les dijo, quiero antes de todo dar una batalla.»

El médico Llord, en ocasion de estar enfermo el príncipe, le recetó una pocion que desde luego rehusó tomar. Tómela V. A., le dijo el médico,

porque la mamá de V. A. se lo manda. Don Cárlos Luis obedeció entonces sin replicar.

Hallándose en un besamanos de su padre rodeado de una espléndida corte de generales, entre los que se encontraba el anciano Castaños, el primero dijo á su hijo:

—¿Quién de los generales que ves te parece mejor?—Castaños, contestó el infante.—¿Y por qué? Porque ha ganado mas batallas.

De este modo pasaron los mejores y mas bellos dias de su edad infantil.

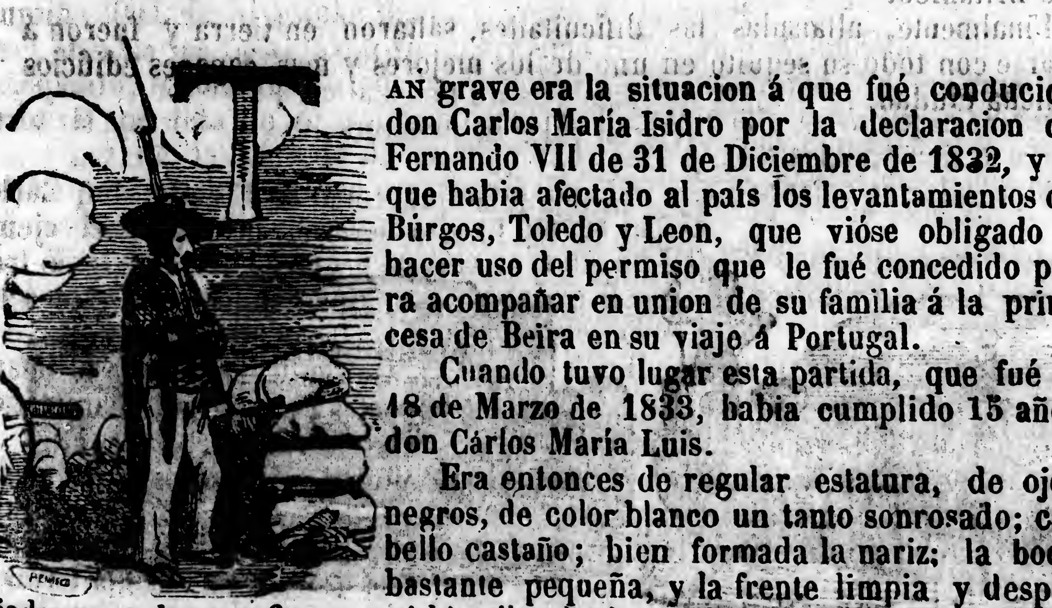
Cuando llegó á saber apreciar mas debidamente las cosas: cuando su mente se abrió á la razon, comenzó á ser desgraciado.

Destruida completamente la armonía que debia reinar entre la familia real se aumentaron doblemente los disgustos.

En 1833 le fué preciso separarse, en union de sus padres y hermanos, del país querido que le habia visto nacer. Fuera de él, el pan amargo de la emigracion fué su pan cotidiano, como veremos mas adelante.

CAPITULO II.

Su retrato físico.—Sabe llevar con valor sus infortunios.—Proteje á sus hermanos menores en la retirada de su familia en Portugal.—Se embarca con la misma en el navio inglés Donegal.—*Llegada á Porsimouth, y desembarco.*



Tan grave era la situacion á que fué conducido don Carlos María Isidro por la declaracion de Fernando VII de 31 de Diciembre de 1832, y lo que habia afectado al país los levantamientos de Búrgos, Toledo y Leon, que vióse obligado á hacer uso del permiso que le fué concedido para acompañar en union de su familia á la princesa de Beira en su viaje á Portugal.

Cuando tuvo lugar esta partida, que fué el 18 de Marzo de 1833, habia cumplido 15 años don Cárlos María Luis.

Era entonces de regular estatura, de ojos negros, de color blanco un tanto sonrosado; cabello castaño; bien formada la nariz; la boca bastante pequeña, y la frente limpia y despejada: su andar era firme, y si bien llevaba las rodillas algo inclinadas hácia la parte interior, sus movimientos aparecian naturales y graciosos.

La familia del infante padeció mucho en el vecino reino, pero don Cárlos Luis sobrellevó con verdadero valor los infortunios que le lanzaban como fugitivo de uno en otro punto, de una en otra situacion.

Durante la marcha que esta familia tuvo que hacer por la persecucion que sufrió del general Rodil, el príncipe de quien nos ocupamos, se manifestó lleno de arrojo, particularmente en el cuidado que tuvo por sus hermanos menores, á fin de que no cayesen en manos del enemigo, cubriendo siempre su retaguardia y procurando que no quedasen rezagados de la comitiva.

Habiendo salido de Evora el infante don Cárlos María Isidro con su familia y comitiva el 28 de Mayo de 1834, llegó el 1.º de Junio siguiente al punto de Aldea Gallega, en cuyas aguas habia tiempo que bordeaba el navio inglés *Donegal*, enviado por el gobierno británico para recoger á su bordo á la familia proscripta.

Durante la travesia, don Cárlos María Luis se distinguió por su aplomo y serenidad.

El viento no era favorable, y á veces se quedaba el buque en completa calma.

En una de estas ocasiones la madre del jóven infante, dominada de su impaciencia, pronunció estas duras palabras, que revelaban su amargura:

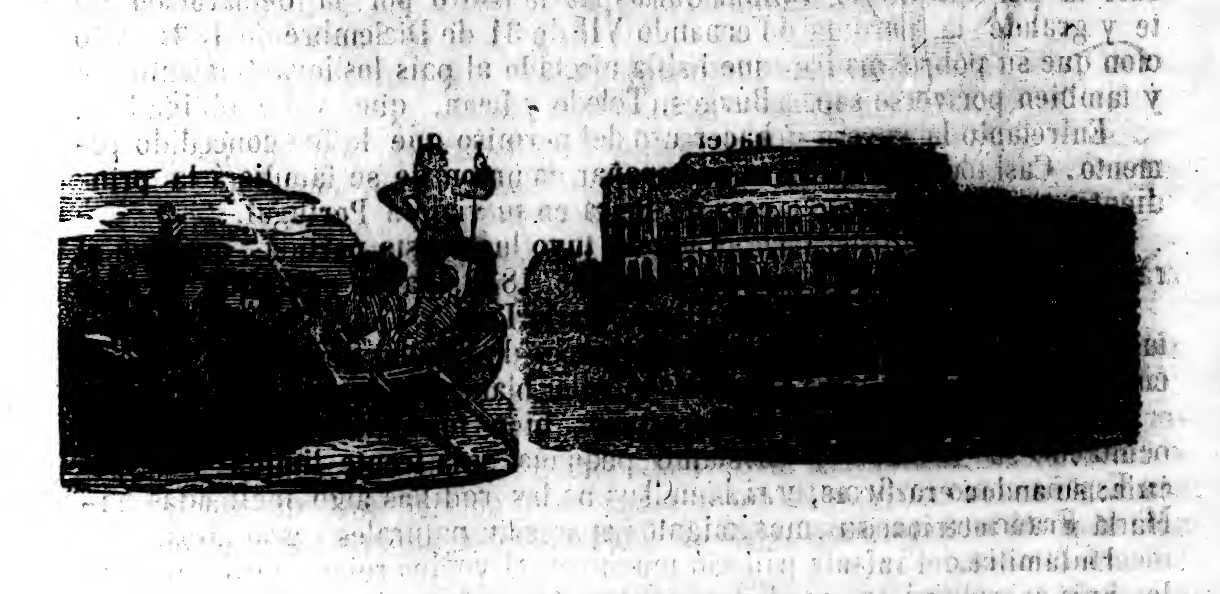
—No parece sino que el destino se opone siempre á la realizacion de nuestros proyectos.

—El *Donegal*, aunque lentamente, atravesó con felicidad los mares, y y fondeó el 16 de Junio en las aguas de Porstmouth.

Los viajeros permanecieron dos dias anclados en el puerto.

Entorpecia el desembarco la embajada española y Mr. Balkome, delegado británico.

Finalmente, allanadas las dificultades, saltaron en tierra y fueron á alojarse con todo su séquito en uno de los mejores y mas capaces edificios de dicha ciudad.



CAPITULO III.

Melancolías de don Cárlos María Isidro en Inglaterra.—Estado de la guerra dinástica en España.—Preséntase el nombrado Cárlos V á sus partidarios.—Estado precario de su familia en Inglaterra.—Muerte de la madre del infante don Cárlos Luis.—Dolor inmenso de este por tan infausto acontecimiento.—Quedan los huérfanos al cuidado de la princesa de Beira.—Trasládanse á Alemania.—Infórmase el infante don Cárlos Luis de las artes y ciencias.—Casamiento de la princesa de Beira con su padre.—Regreso de la familia á España.

INSTALADOS ya en Inglaterra los proscriptos príncipes españoles, fueron bastante infaustos los auspicios con que se inauguró su permanencia en aquel país.

Habiendo cobrado la madre del jóven príncipe grandes esperanzas en el gobierno inglés, vió estas desfraudadas por la política del mismo.

Despachada, abandonó á Portsmouth, y se trasladó á una quinta llamada Alvertoke Rectory, cerca de Gosport.

Don Cárlos Luis, jóven singularmente reflexivo y melancólico, lloraba á sus solas, y comprendió toda la magnitud de su infortunio. No era que llorase la pérdida de su trono; no era que hiciese mella en su espíritu fuerte y grande la pérdida de su dignidad; pero sí se alarmaba con la afliccion que su pobre madre esperimentaba. Por ella padecia, por ella sufria, y tambien por verse separado de su amada patria.

Entretanto la guerra dinástica cobraba en España cada dia mas incremento. Casi todas las provincias estaban llenas de partidarios del Pretendiente, proclamando con las armas sus derechos.

Los carlistas al proclamar al infante don Cárlos se atenian á un ente moral, á un hombre que fuese la enseña de sus principios.

Anhelando su presentacion á la cabeza de los ejércitos, fué resuelta la fuga de don Cárlos de Inglaterra. El cómo se verificó esta y sus consecuencias, no son de este lugar y por lo mismo las pasamos en silencio.

Mientras el Pretendiente español, escondido bajo un humilde disfraz ocultando su nombre y gerarquía, atravesaba la Francia, apareciendo en España como luz y esperanza de sus numerosos amigos, su esposa doña María Francisca quedó entregada á los amargos temores que produce la incertidumbre.

Solo el consuelo de sus hijos podia serle grato en aquella situacion, y los cuidados de su primogénito más que todo solian enjugar las lágrimas producidas por su malhadado infortunio.

Azaroso y precario fué el estado de esta familia desgraciada durante algunos meses de su permanencia en Inglaterra. Las esperanzas y los deseos se sucedian unos tras otros, y si en unos dias creian sujetar para siempre la inconstante rueda de la fortuna, en otros veian su instabilidad, y se desvanecian todas sus esperanzas.

Estas vicisitudes trabajaron en demasía en el ánimo de la esposa de don Cárlos, y llena de siniestros presagios, de continuo predecia su cercana muerte.

Efectivamente, el dia 11 de Junio falleció conservando hasta el último instante su conocimiento.

Nada hay que pueda compararse con el dolor que sintió el jóven infante por la muerte de su querida y adorada madre. Poco á poco se fué calmando el sentimiento de sus hermanos, pero el que por mucho tiempo esperimentó el primogénito de aquella raza, fué incomparable.

Al serle comunicada por el P. Trias tan infausta noticia, el jóven cayó de rodillas y prorumpió en un torrente de lágrimas.

En lo sucesivo jamás pudo dar al olvido un solo momento la pérdida de su madre.

Tres fueron los hijos que quedaron huérfanos de la infanta doña María Francisca de Asís de Braganza, los cuales despues de su muerte quedaron bajo la inmediata direccion y tutela de la princesa de Beira, doña Teresa de Braganza, hermana de la difunta.

Mas adelante, á mediados del año 1835 y despues de tomar el consejo de familia, creyó esta princesa necesario abandonar la Inglaterra.

Hizolo asi efectivamente, y en union de los príncipes y sus adeptos se embarcaron y dieron á la vela con direccion á Alemania.

Habitaron en aquel reino diferentes puntos; mas siéndoles sobre todos agradable Salbourg, fijaron allí su residencia.

El infante don Cárlos Luis manifestó siempre la mas estraordinaria complacencia. Informábase de todo lo útil y conveniente, haciendo las mas minuciosas preguntas en los buques donde por casualidad se encontraba, en las fábricas, en los talleres, en las cátedras, etc.

Con semejante trato hubo de aprender á distinguir lo útil y lo agradable, lo bueno y lo malo.

En el año 1838 un acontecimiento halagüeño dió ocasion para el regreso á España de toda la familia hasta entonces proscripta en país estranjero.

Este acontecimiento fué el matrimonio de su padre don Cárlos con su cuñada la princesa de Beira, efectuado por poder en Alemania.

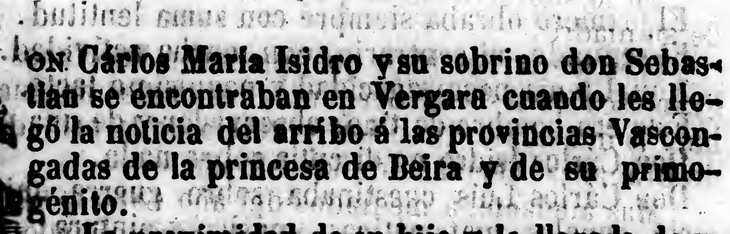
La marcha fué emprendida inmediatamente, y como tuvieron que valerse de algunos subterfugios para atravesar la frontera de España, se vió á la esposa de don Cárlos, que entre sus tropas figuraba como soberana, disfrazada con el sencillo traje de lugareña, y al hijo primogénito de aquel príncipe con la blusa, el azadon y la boina, propios de un obrero de aquellos terrenos.

Despojados de estos trajes, hallándose en país amigo, la princesa tomó uno modesto y mas conforme á su rango; y el ilustre jóven vistió la zamar-

la de cuello vuelto, con sus cordones, muletillas y bordados de seda negra, el pantalon azul con franja de plata, la boina encarnada con el escudo en que se veian realzadas las iniciales C. V., prendas que llevó constantemente durante su permanencia en las provincias Vascongadas.

CAPITULO IV.

El infante don Cárlos Luis en las provincias Vascongadas.—Ratifícase el casamiento.—Su permanencia en las provincias Vascongadas.—Se le atribuyen miras ambiciosas que no tiene.—Ocupa su principal tiempo en el estudio.—Comparacion entre este y su padre.



Don Cárlos María Isidro y su sobrino don Sebastian se encontraban en Vergara cuando les llegó la noticia del arribo á las provincias Vascongadas de la princesa de Beira y de su primogénito.

La proximidad de su hijo y la llegada de su esposa, hicieron renacer en su espíritu la dichosa calma del hombre que despues de correr los peligros de una tormenta se encuentra de improviso rendido sobre la playa salvadora.

Grandes fueron los aplausos con que fué recibido entre los suyos el primogénito de don Cárlos, pues todos vieron que las prendas físicas de don Cárlos Luis habian adquirido el grado de sazon y de belleza á que de antemano parecian destinadas; habíase desarrollado ventajosamente nuestro personaje, adquiriendo una estatura que podia llamarse elevada, unas proporciones que merecian la calificacion de bellas, y una espresion y modales tan simpáticos, que cautivaron desde luego los corazones de cuantos pudieron disfrutar la complacencia de hallarse cercanos á su persona.

Habiendo permanecido dos dias en Tolosa las ilustres personas, partieron para Azcoitia, donde debia verificarse, como se verificó, la ratificacion del matrimonio entre don Cárlos María Isidro y la princesa de Beira.

Introducido nuestro personaje en medio de la corte de su padre, parecia que la desgracia debia abandonarle, pero no fué así seguramente; allí como en todas partes le seguia, y allí como en todas partes le asediaba.

Infinidad de veces solicitó que se le diese un puesto en el ejército, al que le inclinaba una aficion decidida y en el que hubiera podido ser útil á la causa de su padre.

Este, inducido por la princesa de Beira, recelaba que su hijo procura-

ria, adquirirse las simpatías del ejército para elevarse sobre él mas adelante.

Sin embargo, esa ambicion atribuida á don Cárlos Luis, carecia de fundamento.

Personas bien informadas convienen en que el jóven infante tenia gran inclinacion á la carrera de las armas, y que solo por esto pretendia que se le diese el mando de unos cuantos batallones.

No pudiendo obtener en el campo de don Cárlos una ocupacion mas activa, se dedicó desde luego al estudio, siendo sus libros favoritos las Crónicas de los reyes de España, los que tratan de las guerras de Flandes, el Quijote y otros no menos célebres.

Tambien apreciaba como es debido la Araucana de Ercilla, el Orlando Furioso, el Ariosto, sin otros muchos que no nombramos.

En cuanto á su carácter ya habrán visto nuestros lectores cuan diferente era del de su padre; y á fin de darlo á conocer mas ámpliamente, hé aquí la comparacion mas exacta entre el de ambos personajes.

Don Cárlos Isidro era apocado é irresoluto.

Don Cárlos Luis, resuelto y decidido.

El primero obraba siempre con suma lentitud.

El segundo, al contrario, con mucha actividad.

Aquel tenia poca sagacidad y poquísimo tacto.

Este era hombre de tino, observador y de una penetracion aventajada.

Don Cárlos Isidro no discutia sobre nada.

Don Cárlos Luis cuestinaba sobre guerra, historia, administracion, poesía, canales, matemáticas, música y pintura; por fin, en todo, porque de todo entendia algo.

Don Cárlos Luis generoso y desinteresado.

Don Cárlos Isidro era muy apegado á lo antiguo.

Su hijo parecia inclinarse enteramente á lo moderno.

El pretendido rey rara vez recordaba los detalles de un suceso.

Su presunto sucesor tenia una escelente memoria, y podia detallar circunstanciadamente lo que habia visto ú oido.

Don Cárlos Isidro daba rara vez en el blanco de un negocio.

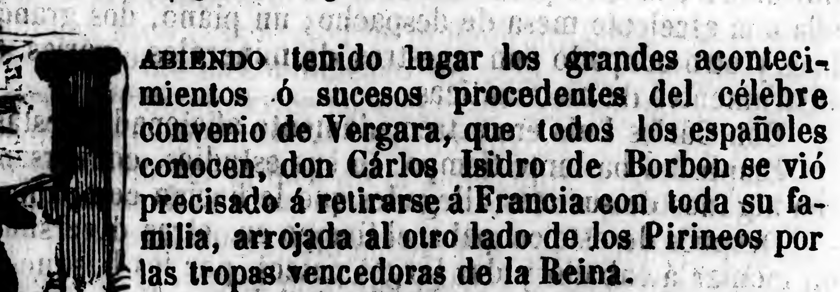
Don Cárlos Luis poseia una percepcion segura y clara de las dificultades de cada cosa.

Don Cárlos Isidro era confiado hasta el abandono.

Don Cárlos Luis únicamente hasta la prudencia.

CAPITULO V.

Emigracion de don Cárlos Isidro y su familia.—Resignacion de don Cárlos Luis y noble respuesta dada por él al solicitar que entregase su espada.—Conclusion de la guerra civil en España.—Llegada de la familia de don Cárlos á Bourges.—Habitacion que ocupaba el príncipe en la casa de su padre.—Sus ocupaciones y diversiones.



HABIENDO tenido lugar los grandes acontecimientos ó sucesos procedentes del célebre convenio de Vergara, que todos los españoles conocen, don Cárlos Isidro de Borbon se vió precisado á retirarse á Francia con toda su familia, arrojada al otro lado de los Pirineos por las tropas vencedoras de la Reina.

Al atravesar la línea que divide las dos naciones, don Cárlos María Isidro marchaba profundamente triste: el semblante de la princesa de Beira revelaba bastante tranquilidad de espíritu, y el rostro del primogénito don Cárlos Luis traducia su resignacion y firmeza.

Hízose notar este príncipe á su entrada en Francia por una singularidad que dá á conocer la firmeza de su carácter.

Despues de haber sido despojados todos de su espada, incluso el pretendido rey don Cárlos, llegóse un comisario á su hijo pidiéndole la espada.

—«Eso no, (contestó el jóven con energía,) los príncipes españoles jamás entregan su espada.»

Su firmeza impuso á los oficiales franceses, y el comisario se vió precisado á dejarle su espada, que hasta su fin conservó.

A poco tiempo la familia proscripta fue entregada al prefecto de la Dordogne y conducida á Bourges, punto de su residencia.

A pesar de que Cabrera no quiso acceder al convenio de Vergara, cuya proposicion le fué hecha por el general Espartero, al fin tuvo que sucumbir, y las provincias españolas quedaron completamente libres del azote de la guerra civil que por espacio de seis años se habia enseñoreado en su suelo.

El dia 6 de Julio de 1840 las tropas de Cabrera pasaron la frontera y este mismo jefe se introdujo en Francia.

Pero, dejando aparte estos acontecimientos por demasiado sabidos, volvamos á la familia proscripta.

Esta llegó á Bourges á su debido tiempo.

La llegada se habia anunciado para las dos de la tarde, y haciendo un tiempo hermoso, una multitud de personas quiso gozar de aquel espectáculo.

Desde las doce del dia varias calles de la ciudad se hallaban atestadas de gente, pero habiendo querido don Cárlos oir misa por ser domingo, en el pueblo de Chateaurox, su entrada se difirió hasta las seis de la tarde.

La familia proscripta vivia en el *hotel* de Panette, que de antemano fué acomodado para su nuevo destino.

La casa era un edificio bastante agradable, con vistas á un grande y hermoso jardin, y las habitaciones para la familia de una regular comodidad.

Don Cárlos Luis ocupaba en este palacio solo dos piezas, la una para dormitorio, la otra para sala de estrado, siendo los principales muebles de ella una escelente mesa de despacho, un piano, dos grandes estantes de libros y otro ocupado con muestras de minerales, varias esferas y muchos instrumentos de matemáticas.

Don Cárlos Luis era estremadamente aficionado á estas ciencias.

Empleaba bastante tiempo en sus estudios, conversando familiarmente con algunos de sus mas allegados que le hacian compañía en su destierro.

Despues de esto ocupaba el tiempo en otras diversiones que consistian en montar á caballo y dar largos paseos por los bosques y quebrados del país, sin que los gendarmes que le vigilaban pudieran apenas seguirle.

De este modo pasó algunos años de su vida, hasta que un acontecimiento notable varió su plan de vida.

CAPITULO VI.

Abdicacion de don Cárlos María Isidro.—Aceptacion de su hijo don Cárlos Luis.—Su manifiesto.—Toma el título de conde de Montemolin.—Marcha su familia de Bourges.—Es escluido el conde de Montemolin de esta medida.—Se hace tolerante en política y concurre á las sociedades de buen tono.



Quisiéramos poder narrar mas detenidamenie algunos de los sucesos mas notables de esta verídica historia, pero el estrecho círculo á que tenemos que circunscribirnos, nos lo prohibe á menudo y nos es preciso concretarnos solo á lo mas esencial de las cosas.

El nuevo y estraordinario acontecimiento que da márgen á la formacion de este capítulo, mereceria una relacion estensa; porque seria preciso insertar largos documentos salidos á luz en aquella época; pero repitiendo que no siéndonos posible, procuraremos simplificarle, de modo que se halle al alcance de todos en muy pocas palabras.

Cansado sin duda el ex-pretendiente de las pompas mundanas, conven-

cido tal vez de su impotencia para gobernar en España, determinó hacer abdicacion en favor de su hijo de los derechos que decia pertenecerle á la corona de Castilla.

El dia 18 de Mayo de 1845, tuvo lugar en Bourges el acto de renuncia por medio de una carta que el infante dirigió á su hijo haciéndole sabedor de tamaña novedad, y un documento auténtico que estendió á su favor en toda regla.

El hijo aceptó sumisamente la abdicacion del padre, cuya aceptacion estaba escrita en en estos términos:

«Me he enterado con filial resignacion de la determinacion que el rey, mi augusto padre y señor, me ha comunicado en este dia, y aceptando como acepto los derechos y deberes que su voluntad me trasmite, asumo una carga que procuraré cumplir con el auxilio divino, con los mismos sentimientos y el mismo celo por el bien de la Monarquía y la felicidad de España.»

Seguidamente el nuevo rey nombrado *infieri* dió un estenso manifiesto á la nacion española, de lo que se proponia hacer en favor del país, en caso que la Providencia le llamase á ejercer la soberanía.

Ultimamente escribia á su padre en estos términos: «Imitando el buen ejemplo que V. M. me dá, desde este dia, y por el tiempo que crea oportuno, tomo el título de *Conde de Montemolin.*»

El padre asimismo habia adoptado el de *Conde de Molina.*

Pasado algun tiempo de los notables sucesos que acabamos de referir, don Cárlos María Isidro creyó llegada la ocasion de pedir sus pasaportes comprendiendo podria contar entonces mas que nunca con probabilidades de buen exito.

Los pasaportes le fueron otorgados con ciertas prevenciones, y don Cárlos María Isidro se apresuró á hacer uso de ellos, y recobró la esperanza de ver prontamente restablecida la quebrantada salud de su esposa doña Teresa de Braganza, haciéndola respirar unos aires mas benéficos que los de Bourges.

El conde de Montemolin, heredando desde entonces la causa de su padre, no fué comprendido en los pasaportes dados para la familia, quedándose en Bourges vigilado y celado, tal vez mas que lo habia sido su padre el conde de Molina.

Desde esta separacion aconteció una revolucion completa en la existencia habitual del conde de Montemolin. Los hechos mas remarcables por los cuales se distinguió este cambio, fueron la tolerancia que manifestó hácia las opiniones políticas: su introduccion espontánea y franca en las sociedades de buen tono y en los bailes de la ciudad de Bourges, donde se hizo notable por su educacion y finos modales.

Entretanto que el ilustre conde se ocupaba en Bourges del modo que llevamos referido, agitábase en Madrid la importantísima cuestion del matrimonio de la Reina.

En el siguiente capítulo verán nuestros lectores lo que con respecto al conde ocurrió sobre este particular.

CAPITULO VII.

Agitase en España la cuestion de matrimonio de la Reina.—Personajes designados al efecto.—Redúcese la cuestion solo á tres de ellos, por quienes respectivamente se pronunciaban los partidos.—Queda decidida esta cuestion.—Evasion del conde de Montemolin de la ciudad de Bourges.—Su fuga en este pueblo.

CUANDO estaban pasando los sucesos que acabamos de referir, ocupaba enteramente la atencion en España otro no menos importante.

El casamiento de la Reina doña Isabel II.

Cinco eran los personajes que principalmente se designaban como candidatos á su mano.

Estos personajes eran el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, el conde de Trápani, los infantes don Francisco de Asis, duque de Cádiz, su hermano don Enrique y el conde de Montemolin.

No teniendo en el país ningunas simpatías el príncipe de Corburgo y el conde de Trápani, la cuestion quedó reducida á los tres últimos.

Desde que comenzó á hablarse del casamiento de S. M., la opinion general se habia manifestado abiertamente por un príncipe español.

Los progresistas creian mas á propósito al infante don Enrique, si bien no rechazaban á su hermano; los moderados se inclinaban al duque de Cádiz, y los carlistas preferian al conde de Montemolin.

La opinion públiea presentia que el desenlace de la cuestion estaba próximo, y no se engañaba.

Efectivamente, un decreto de la Reina, fecha 28 de Agosto de 1846, fijó la cuestion, convocando las Córtes para el 14 de Setiembre y señalando por su régio esposo á su primo el infante don Francisco de Asis María.

Mientras los gabinetes de Madrid y Paris se regocijaban con la conclusion de un negocio hecho á satisfaccion de ambos, esto es, en el casamiento de la Reina con un príncpe de la sangre y el de la hermana, la infanta, con un hijo de Luis Felipe, el conde de Montemolin les oponia un nuevo embarazo á su política.

Este embarazo consistia en su fuga de Bourges, con lo cual se creyó desde luego que habian de acontecer nuevos trastornos.

Verificada esta de un modo estraordinario, pasaremos á referir el cómo se efectuó, siguiendo los pasos del conde sin apartarnos de ellos mas que

lo que sea indispensable para el conocimiento de sus hechos; pasemos á tratar de los pormenores de su evasion.

El dia 14 de setiembre de 1846 salió de la ciudad de Bourges el carruaje dirigido por el mismo príncipe, con dos personas de su servidumbre, y acompañado de su escolta.

Distante ya de las murallas sacó el caballo á escape; la escolta acostumbrada á verle correr así y dar la vuelta luego, no hizo el mayor caso, mas viendo se alejaba en demasía le siguió prontamente, pero perdióle al instante de vista.

Los gendarmes á quienes se preguntaba por su direccion, respondian que le habian visto encaminarse á una quinta vecina á donde solia ir.

Pasado algun tiempo vió la escolta que el carruaje volvia con una persona mas. Persuadidos de que era el príncipe, tomaron con él la ruta de Bourges, y certificaron la entrada en el palacio del arzobispo.

El prefecto pasó á visitarle al siguiente dia; se le contestó que estaba enfermo, y no insistió en verle. El miércoles á las diez de la mañana hizo el prefecto nuevas instancias; pero el príncipe estaba descansando. Disgustada la autoridad civil, mas no queriendo faltar á los miramientos debidos á su prisionero, se marchó diciendo que volveria á las cuatro con propósito firme de ver al conde. Un gentil-hombre de este, le ahorró el trabajo yendo á las tres y media á decir que su amo se habia fugado cuarenta horas hacia y que no debia por lo tanto abrigar esperanzas de capturarle.

El gentil-hombre se negó á manifestar el camino que el príncipe habia tomado.

Para fijar debidamente los pormenores de su fuga que entonces se esplicó de mil maneras, nos concretaremos á los relatos mas verídicos que han llegado á nuestra noticia.

El conde de Montemolin mandó con antelacion hacer uno de esos carruajes llamados *charavancs*, con el especioso pretesto de salir con él á paseo acompañado de sus adictos, dirigiendo por sí propio los caballos.

El conde tenia un criado llamado Manuel Churri, algo semejante á su persona tanto por su estatura como en la barba que se dejó corrida á propósito cual la del príncipe. Este le hizo vestir precisamente el mismo traje que debia llevar el 14 de setiembre en que el charavanc debia ser estrenado, y le envió á apostarse al lugar que él pensaba dirigir aquella tarde su paseo.

El traje consistia en un pantalon blanco de verano, levita negra y sombrero negro tambien; la mano derecha cubierta con un guante blanco, la izquierda completamente desnuda, aunque llevando empuñado el otro guante.

Llegada la hora de paseo, el conde se puso un traje igual, y subiendo al charavanc empuñó las riendas con la mano izquierda, en la que no llevaba guante y el látigo con la derecha, en la que tenia puesto uno blanco.

Subieron tambien al carruaje, poniéndose á su izquierda, el marqués de Obando, y detrás en los segundos asientos el general carlista don Juan Montenegro y el ayuda de cámara del conde, don Tomás Garci-Martin.

Inmediatamente despues el charavanc, que por su novedad habia llama-

do la atencion de los habitantes de Bourges al verle manejado por primera vez por el conde, partió al galope por el camino de Never, en direccion de la quinta llamada de Barbansois.

Los gendarmes que seguian á caballo el veloz carruaje, marchaban muy cerca de él; mas no tanto que llegasen á descubrir el cambio verificado de repente del individuo principal que le ocupaba un momento antes.

En efecto, al doblar al charavanc uno de los recodos del camino, saltó de repente en el suelo el conde de Montemolin, y mientras que monta á caballo en un brioso corcel, tenido allí al efecto, partiendo como una exhalacion lejos de Bourges, sube Churri al carruaje, colócase de la propia disposicion en que se hallaba el conde, y en vez de seguir el mismo camino, vuelve por el contrario sobre sus pasos, retrocediendo á Bourges, sin que los gendarmes, poco dispuestos á esperar ser víctimas de aquel juego de prestidigitacion, se curasen del engaño en que acababan de caer.

Tan pronto como las autoridades de París recibieron noticia de la evasion del conde, espidieron á las tres de la tarde del dia 17, el siguiente despacho telegráfico dirigido á todos los prefectos:

«S. A. R. el conde de Montemolin, hijo mayor de don Cárlos, se ha escapado de Bourges; hareis que lo busquen y lo detengan.»

Hé aquí las señas que circularon de su persona:

«Edad 28 años; estatura, cinco piés; cabellos y cejas negras; frente estrecha y abultada: ojos pardos; nariz gruesa y larga, un poco torcida; boca regular; barba negra corrida; cara ovalada; color moreno.»

Señas particulares. «El lábio superior y los dientes un poco salientes, lo cual se nota mas cuando habla; se espresa con facilidad, aunque con bastante acento; las rodillas vueltas un poco hácia adentro, anda muy derecho y guiña á menudo el ojo izquierdo; lleva el sombrero inclinodo á la derecha sobre los ojos.»

Hé aquí además la proclama que don Cárlos Luis habia hecho litografiar, y que profusamente distribuida llamó la atencion de todos.

«*Españoles*: Cumplia á mi dignidad y mis sentimientos esperar el desenlace de los acontecimientos que hoy veo sin sorpresa consumados en España, y mas aun no desmentir cuanto os anuncié en mi manifiesto de 23 de mayo de 1845.

»Entonces os hice conocer mis principios; que mis deseos no eran otros sino sacar á nuestra querida pátria del caos en que se halla sumergida; obrar la sólida reconciliacion de los partidos, daros la paz y ventura que tanto necesitais y habeis merecido. Los resultados no han correspondido á mis desvelos, y vuestra esperanza ha quedado defraudada.

»Vuestro deber y mi palabra nos imponen esfuerzos para cumplir la mision que nos está encomendada.

»Llegó, pues, el momento, españoles, que tan cuidadosamente quise evitar á costa de tantos sacrificios de vuestra parte y de la mia; fuera mengua para vosotros y mancilla para mí, ser ahora menos esforzados que siempre os estimó la Europa.

»No conozco partidos; no veo sino españoles, y todos ellos capaces de contribuir al grande objeto para que la Divina Providencia me reserva. Os llamo, pues, á todos; de todos espero y de ninguno temo.

»La causa que represento es justa; ningun obstáculo debe retraernos para salvarla; el resultado es cierto, pues cuento que celosos, activos y valientes, acudireis solícitos al llamamiento que os hago.

»Quiero y os encargo que no mireis á lo pasado. La era que va a empezar no debe parecerse á las precedentes: la concordia debe restablecerse en todas partes entre los españoles; cesen los epítetos, los ódios y los agravios.

»Las instituciones propias de la época, la santa religion de nuestros mayores, el libre ejercicio de la justicia, respeto á la propiedad y la amalgama cordial de los partidos, os garantizan la felicidad por que tanto suspirais.

»Cumpliré cuanto os prometí y ofrezco; y en el momento del triunfo nada me será tan grato ni me complacerá tanto, como considerar que no hubo vencedores ni vencidos.

»Os doy gracias por vuestros sufrimientos, constancia y cordura. Admirador de vuestro valor y vuestras hazañas, sabré recompensarlas en el campo de batalla. Bourges 12 de setiembre de 1846.—Cárlos Luis.»

Puesto ya completamente en salvo el conde de Montemolin, y sabiéndose á ciencia cierta su llegada á la capital de la Gran Bretaña, trató la diplomacia de dar el último paso para apoderarse ó inutilizar lo que aquel intentar pudiera.

En efecto, dirigióse el ministro plenipotenciario de Luis Felipe á lord Palmerston, ministro de Negocios Estranjeros del gabinete inglés, reclamando del noble lord el cumplimiento de lo pactado por la Gran Bretaña en el convenio titulado la Cuádruple Alianza, por el cual estaba en el caso aquel gobierno de poner á buen recaudo, á satisfaccion de las naciones, al hijo de don Cárlos María Isidro.

Cuéntase que el ministro inglés soltó la carcajada al escuchar la reclamacion francesa, y que tal fué la respuesta única que mereció del noble lord: pero lo que parece fuera de duda es que esta contestacion fue enérgica cual la transcribimos.

«La Inglaterra es un país hospitalario para cuantos desgraciados lleguen á ponerse en ella bajo la salvaguardia del derecho de gentes. La Inglaterra no puede entregar al *conde de Montemolin*, ni someterle á una vigilancia mas ó menos indecorosa y arbitraria, sin comprometer la dignidad y el carácter nacional.»

La prensa española y estranjera de la oposicion encomió la respuesta del ministro que acabamos de transcribir á nuestros lectores, al paso que los órganos mas justificados de la situacion de aquella época, la atacaron cual convenia al buen servicio del partido que representaban.

Cabrera, que tambien habia burlado la vigilancia francesa, se habia dirigido asimismo á la capital de la Gran Bretaña.

Todo hizo presumir que desde entonces se preparaba una nueva invasion carlista, como la que posteriormente se verificó, y que hablaremos de ella y su desenlace, con el de esta historia, en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

Nueva guerra carlista.—Su mal éxito.—Es detenido en la frontera el conde de Montemolin.—Retirada de Cabrera á Francia.—Casamiento de don Cárlos Luis.—Tentativa y desembarco en la Rápita.—Fracasa el plan y es conducido preso á Tortosa.—Renuncia á sus pretendidos derechos y sale libre á pais estranjero.—Dirije un manifiesto á S. M. la Reina.—Muerte del conde de Montemolin.

Auxiliado el conde de Montemolin, como generalmente se ha creido, por los intereses de la Inglaterra, alentado en sus esperanzas por sus consejeros, y creyendo cosa muy fácil encender la guerra de nuevo en un pais, que cansado de tanto sufrir, segun le decian todos, é impaciente de sacudir el pesado yugo que le oprimia, correria presuroso á alistarse bajo la bandera que trataba de enarbolar, el jóven príncipe preparóse al combate y se arrojó á probar fortuna. Sin embargo, á pesar de las lisonjeras esperanzas con que se halagaba su imaginacion, aleccionado ya con los desengaños que en época de mas probabilidades habia esperimentado su padre, tomó el prudente partido de sondear la opinion del pais antes de aventurar su persona, enviando al efecto algunos jefes de su confianza. En su consecuencia, los generales Alzáa y Elio se dirigieron á las provincias Vascongadas y organizaron del mejor modo que les fué dado los escasos elementos que se pusieron á su disposicion.

El primero de estos generales, jóven distinguido entre sus compañeros de ideas por sus brillantes talentos políticos y militares, en estremo querido de don Cárlos y apreciado por cuantos le conocian, se lanzó al peligro con esa intrepidez, con esa confianza propia de los años juveniles y que el mas claro talento no es suficiente á contener. Poco lisonjera, en verdad, anduvo la fortuna con este malogrado jóven; apenas habia dado principio á su arrojada tentativa, cuando, vigilados cuidadosamente sus pasos por los agentes del gobierno, que desplegó en esta ocasion una actividad sorprendente, y parecia completamente informado del golpe que se intentaba, fué aprisionado casi en el momento de poner el pié en el suelo pátrio y fusilado muy poco despues, llenando de desconsuelo con su muerte á todos sus

amigos, y aun dejando en el corazon de los que se vieron obligados á castigarle una sensacion dolorosa.

Elio, general encanecido en el servicio, hombre de larga esperiencia y de pasiones menos fogosas, caminando con esa prudente cautela, que por lo general solo dan los muchos años, conoció bien pronto lo poco predispuesto que se hallaba el espíritu público á secundar sus intentos, y lamentando la pérdida de su noble compañero, se mantuvo á la observacion sin atreverse por entonces á pasar de la frontera.

Presentóse á poco tiempo Cabrera en el Principado de Cataluña, alarmando con su presencia á toda la nacion; y poniéndose al frente de todas las fuerzas que recorrian este pais, emprendió una nueva campaña en que no desmintió en lo mas mínimo la fama de militar valiente y entendido que tan justamente se habia conquistado en la anterior; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Despues de haber fatigado por espacio de muchos meses las numerosas tropas de la Reina que les perseguian, despues de haber hecho repetidos prodigios de valor y habilidad, pensó en abandonar el campo de batalla, en el que con tanta repugnancia se habia presentado á combatir.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas cuando el conde de Montemolin resolvió hacer su entrada en la Península para ponerse á la cabeza de todas sus fuerzas. Salió de Inglaterra con el mayor sigilo acompañado de sus dos hermanos don Juan y don Fernando, y dos ó tres favoritos, provistos todos de pasaportes en regla espedidos bajo nombres supuestos, y atravesaron de este modo toda la Francia, habiendo llegado felizmente hasta Perpiñan. Las penalidades consiguientes á semejante viaje, los inconvenientes que á cada paso tenian que vencerse, y los peligros que incesantemente era necesario arrostrar, nos proporcionarian espacioso campo para demostrar el admirable sufrimiento, el valor, la serenidad y raro talento del jóven conde, que hicieron durante el tránsito la admiracion de cuantos se hallaron á su lado; pero son muy limitadas nuestras páginas para que podamos detenernos en ello. Habiendo descansado en Perpiñan por algun tiempo, continuaron su camino hasta llegar á un pueblecito dos leguas distante de este punto, en donde se le presentaron algunos individuos que habia comisionados para que le informasen de la situacion de las cosas. Pintáronle estos el triste estado en que se encontraban sus armas, los inútiles esfuerzos hechos para reanimar el desaliento causado por tanto descalabro, las numerosas fuerzas que recorrian la frontera; y por fin, el inminente riesgo que corria su persona al aventurarse á pasarla. Oyó el conde hasta el fin esta triste relacion, y despues de haber reflexionado algun tiempo, respondió con una entereza y resolucion que sorprendieron á todos: Pues bien: estoy decidido á entrar, sean cuales fueren las circuns»tancias y peligros que me rodeen; prefiero morir en mi patria sostenien»do mis legítimos derechos á comer por mas tiempo el negro pan de la »emigracion. Marchemos.» Ni las exhortaciones de los comisionados, que exajeraron aun mas el peligro manifestándole las sospechas que tenia el gobierno de que estaba para entrar de un dia á otro, ni los reiterados

ruegos de los que le acompañaban, pudieron hacerle variar de resolucion. Prosiguióse en su consecuencia la marcha, y media legua antes de llegar á la frontera, les salieron al encuentro varios individuos de la gendarmería francesa, que creyéndoles personas sospechosas, les intimaron que se entregasen. Tratóse de disimular cuanto se pudo y alucinar á los soldados franceses, pero aumentándose progresivamente los recelos de estos, reiteraron su intimacion de una manera que alejaba toda esperanza de persuadirlos. Entónces en vez de responderles picaron todos á un tiempo sus caballos y partieron á galope, habiéndose separado con felicidad gran trecho de sus perseguidores; pero el conde tuvo la desgracia de que su caballo tropezase en medio de la carrera y cayese en una fosa á donde lo arrastró consigo. Uno de los gendarmes que mas cerca seguia á los fugitivos tuvo tiempo de alcanzar al conde mientras se reponia de su caida; y al intentar apoderarse de su persona, recibió un vigoroso golpe que le dejó tendido en tierra. El esfuerzo del conde en esta ocasion y sus conatos de defensa, á pesar de la desventajosa posicion en que se hallaban, prueban de una manera evidente el denodado valor que le atribuian cuantos le conocian.

Obligado, en fin, á ceder ante el número, retrocedió con sus compañeros hasta Perpiñan, en donde los gendarmes le presentaron al prefecto como personas sospechas, y mucho mas en razon á la obstinada resistencia que habian hecho. Nadie los habia aun reconocido y tal vez hubieran podido librarse si por desgracia no los hubiese conocido el secretario de la prefectura que habia sido alumno de un colegio, en el que el conde, que era un escelente artillero, habia hecho gran parte de sus estudios. En vista de la manifestacion de su secretario hizo el prefecto conducir á la ciudadela á su ilustre prisionero, guardándole todas las atenciones debidas á su alto rango. Muy poco tiempo despues, habiéndole propuesto que eligiese para residir el punto, fuera de la Francia, que mas le agradase, salió para Inglaterra acompañado de dos oficiales franceses. Los otros tres personajes que acompañaban al conde, cuyos nombres se ignoraban de todo punto y eran sus hermanos don Juan y don Fernando y el señor de Algarra, fueron conducidos á otra prision. Tambien al poco tiempo salieron para Inglaterra, en donde volvieron á reunirse con su ilustre jefe.

Dos dias despues de la prision del conde de Montemolin, supo Cabrera esta nueva, que le afectó profundamente; herido de gravedad y convencido ademas de la imposibilidad de sostenerse por mas tiempo, abandonó sus proyectos y entró en Francia. Con la retirada de este general se terminó verdaderamente la segunda campaña; y con esta desapareció toda probabilidad de que se abriera otra alguna; y el hijo de don Cárlos, despues de haber hecho cuanto era humanamente posible hacer, se retiró, por fin, convencido, indudablemente, de la inutilidad de toda nueva tentativa.

Algun tiempo despues, en 10 de Julio de 1850, el conde de Montemolin contrajo matrimonio con la princesa Carolina, hermana del rey Fernando de Nápoles. La ceremonia nupcial se celebró en la capilla real de Caserta, en familia, sin ostentacion y sin que se pasase notificacion ni convite á los representantes de las naciones estranjeras.

Diez años habian trascurrido, y ya casi se habia olvidado toda idea del carlismo en España, cuando, hallándose la nacion empeñada en una guerra sangrienta, pero gloriosa, contra Africa, el capitan general de las Islas Baleares, don Jaime Ortega, con las fuerzas de su mando, que ascendian á unos 4.000 hombres, salió de Palma, y sin decirles el objeto de su espedicion, desembarcó en San Cárlos de la Rápita el dia 1.° de Abril de 1860. Tambien desembarcaron con él, y marchaban con alguna ventaja delante de las tropas en una tartana, dos personajes á quienes Ortega trataba con grande acatamiento siempre que se les acercaba. Estos personajes eran el conde de Montemolin y su hermano don Fernando María de Borbon.

Tan luego como las tropas conducidas por Ortega se apercibieron de que el objeto de su venida á la Península era proclamar á Cárlos VI, resolvieron volver sus armas contra el jefe que las habia traido engañadas; y el dia 2, caminando á Ulldecona, dieron el grito de «¡viva la Reina! ¡viva el gobierno constituido!» El general Ortega huyó á uña de caballo, sin que pudiesen alcanzarle algunos disparos que las tropas le hicieron ni las fuerzas que corrieron en su persecucion. En su fuga solo tuvo tiempo para gritar á los dos personajes que caminaban á pié: «¡Somos perdidos! ¡á la tartana y correr hasta que reviente el caballo!»

Don Jaime Ortega fué, al fin, preso en Calanda el dia 5 del mismo mes de abril y conducido á Tortosa: juzgado por una comision militar, murió fusilado el 18 á las tres y cuarto de la tarde.

Nada mas volvió á saberse del paradero del conde de Montemolin y de su hermano, y generalmente se creia que habrian logrado salir de España; pero el gobierno de la Reina, que no habia cesado de seguirles la pista, logró encontrarlos escondidos en una casa de Ulldecona en la madrugada del 21 del mismo abril. Presos ya, fueron conducidos á Tortosa y alojados en la casa del comandante de ingenieros, que se habilitó para su prision, atendida su categoría.

En tanto que el gobierno deliberaba acerca del modo de encausar á tan ilustres prisioneros, estos resolvieron dar un manifiesto á la nacion renunciando á sus pretendidos derechos, y lo hicieron en los términos siguientes: «Yo, don Cárlos Luis de Borbon y de Braganza, conde de Montemolin, digo á la faz del mundo pública y solemnemente declaro: que íntimamente persuadido por la ineficacia de las diferentes tentativas que se han hecho en pro de los derechos que creo tener á la sucesion de la corona de España, y deseando que por mi parte ni invocando mi nombre, vuelva á turbarse la paz, la tranquilidad y el sosiego de mi patria, cuya felicidad anhelo, de *motu propio* y con la mas libre y espontánea voluntad, para que en nada obste la reclusion en que me hallo, renuncio solemnemente ahora y para siempre á los enunciados derechos; protestando que este sacrificio que hago en aras de mi patria, es efecto de la conviccion que he adquirido en la última fracasada tentativa, de que los esfuerzos que en mi pro se hagan, ocasionarán siempre una guerra civil que quiero evitar á costa de cualquier sacrificio.

«Por tanto, empeño mi palabra de honor de no volver jamás á consen-

tir que se levante en España ni en sus dominios mi bandera, y declaro que si por desgracia hubiere en lo sucesivo quien invoque mi nombre para este fin, lo tendré por enemigo de mi honra y fama. Declaro asimismo que al instante que llegue á gozar de plena libertad, renovaré esta voluntaria renuncia, para que en ningun tiempo pueda ponerse en duda la espontaneidad en que la formulo. ¡Que la dicha y la felicidad de mi patria sea el galardon de este sacrificio! Dado en Tortosa á 23 de abril de 1860.—Cárlos Luis de Borbon y de Braganza.»

La renuncia de don Fernando era concebida en términos análogos.

S. M. la Reina dió solucion á lo arduo del proceso que debia formarse á los ex infantes, dando una general y amplia amnistía para los complicados en los últimos acontecimientos políticos, y en virtud de ella puestos en libertad. Montemolin y su hermano fueron embarcados el dia 8 de mayo en un buque del Estado para el punto del estranjero que escogieron.

Hallándose en Colonia, con fecha 15 de junio, don Cárlos Luis y su hermano don Fernando dirigieron á S. M. bajo un sobre el documento siguiente:

«Yo, don Cárlos Luis de Borbon y de Braganza, conde de Montemolin: Considerando que el acta de Tortosa de 23 de abril del presente año de 1860, es el resultado de circunstancias escepcionales y estraordinarias; que meditada en una prision y firmada en completa incomunicacion, carece de todas las condiciones legales que se requieren para ser válida; que por esto es nula, ilegal é irratificable: que los derechos á que se refiere no pueden recaer sino en los que los tienen por la ley fundamental, de donde emanan, y que por la misma son llamados á ejercerlos en su lugar y dia: atendiendo al parecer de jurisconsultos altamente idóneos que he consultado, y á la reprobacion reiterada que me han manifestado mis mejores servidores, vengo en retractar la dicha acta de Tortosa de 23 da abril del presente año de 1860, y la declaro nula en todas sus partes y como no avenida. Dado en Colonia á 13 de junio de 1860.—Cárlos Luis de Borbon y de Braganza, conde de Montemolin.—Hay un sello en lacre con armas de España y corona real.»

La retractacion de don Fernando está concebida en términos análogos á la de su hermano el conde de Montemolin.

Retraido, al parecer, el conde de Montemolin de toda idea política, vivia tranquilamente con su familia en la ciudad de Trieste, cuando el dia 7 de Enero de 1861 empezó á sentirse un malestar que fué insensiblemente en aumento hasta que cayó postrado en cama, agravándose su mal diariamente, y que dió por resultado su fallecimiento el dia 13 del propio mes á las cinco de la tarde. Instantáneamente se sintió enferma su señora esposa, y á las doce de aquella noche entregó su alma al Criador.

Debe advertirse que el 5 de enero llegaron á Trieste los restos mortales de su hermano don Fernando, y el 6 fueron depositados al lado del sepulcro de su padre don Cárlos María Isidro.

FIN.